

El papel del Perú en el descubrimiento de la meseta Chibcha

Por JUAN FRIEDE (Colombia), Archivo General de Indias, Sevilla

"... Pero nuestra franqueza y amor a la verdad nos obliga a retractarnos de nuestras opiniones erradas, cuando a la luz de nuevos documentos conocemos el extravío a que nos conducía el nimio respeto a la autoridad de aquellos primeros historiadores..."

Martín Fernández de Navarrete en *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*.

1

La configuración geográfica de un territorio tiene evidentemente una influencia preponderante sobre los acontecimientos. Ella guía los movimientos migratorios, decide la vida económica de la región, vigoriza o debilita sus habitantes, abre o cierra el camino a influencias culturales y encauza las rutas de invasiones extranjeras.

Pero no menos fuerte es la influencia de la "falsa geografía", es decir, de aquel conjunto de ideas erróneas sobre la situación de una porción de la tierra que, debido a tradiciones o falsas interpretaciones, se arraiga en la sociedad y la lleva a acometer empresas que aunque parten de bases irreales —porque son objetivamente falsas— producen a veces acontecimientos históricos de decisiva importancia.

La historia de la Conquista de América es abundante en hechos que reposan sobre esta "falsa geografía", y a ella se debe, en líneas generales, el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.

Por los meses marzo-abril de 1539 sucedió un hecho de suma importancia para la historia de la parte noroeste de la América Austral: tres caudillos de tres distintas expediciones, que habían salido meses antes de lugares diferentes, se encontraron en la meseta Chibcha, en un lugar que ellos llamaron el "Valle de los Alcázares", y que se situa en la altiplanicie oriental de Colombia donde se fundó Bogotá, la antigua Santafé pueblo principal de la Provincia que durante la época colonial se llamó el Nuevo Reino de Granada. El licenciado Gonzalo Ji-

ménez de Quesada había salido para este descubrimiento desde Santa Marta en el Mar Caribe; Nicolás Féderman, desde Coro en Venezuela; y Sebastián de Balalcázar desde Quito, cada uno en busca de objetivos distintos.

El inesperado encuentro de los tres conquistadores constituyó un hecho de primordial importancia tanto desde el punto geográfico como histórico. La incorporación de la altiplanicie Chibcha a la geografía americana demostró la continuidad de los Andes Sudamericanos, espina dorsal del Continente que se erige majestuosamente entre los llanos y las selvas que los bordean. Antes de esta fecha no se conocía ni se concebía esta continuidad. El encuentro abría un camino terrestre que unía las gobernaciones costeras del Mar Caribe y el Perú, es decir, los océanos Atlántico y Pacífico, un hecho sobresaliente digno de codearse con los descubrimientos de un Balboa, Magallanes y Orellana, aunque sus consecuencias eran menores que las de aquellos. Desde el punto de vista histórico, la conquista de lo que después fué la provincia del Nuevo Reino de Granada, constituyó el último eslabón, el último de envergadura, que cerraba la época de los descubrimientos en la América Andina. Extendió el dominio de España sobre el territorio de los indios Chibcha, uno de los principales centros culturales de la América precolombina.

El descubrimiento parecía marcar también un nuevo giro en la economía colonial. Desde tiempos atrás persistía una imperiosa necesidad de obviar el costoso y difícil viaje desde España al Perú, pasando por el Nombre de Dios y Panamá, tierras enfermizas y malsanas, que exigía un doble cargue y descargue de las mercancías, su transporte por senderos montañosos y quebradas y atravesando el tempestuoso Mar Caribe, una navegación que por su obligada ruta estaba expuesta a los ataques de corsarios enemigos. El desconocimiento de las distancias y de la exacta situación geográfica del Nuevo Reino ayudaron a afianzar la idea de que fuera posible convertirlo en un emporio comercial entre el Reino del Perú y España, un punto de aprovisionamiento de aquel Reino, donde se hubiese podido recibir el oro peruano, que dirigido según la necesidad a los distintos puertos del Mar Caribe, evitaría un transporte largo, incómodo y peligroso. Y así se explica por qué al recibirse en el Consejo de Indias la noticia del descubrimiento del Nuevo Reino, solo este aspecto interesaba en España. Una nota marginal escrita por un miembro del Consejo de Indias sobre el extracto del informe que hicieron los capitanes San Martín y Lebrija sobre aquella expedición, expresa esta preocupación, cuando dice:

“De manera que el capitán Sebastián de Balalcázar, que como teniente del marqués de Pizarro, andaba descubriendo las provincias de Quito por la mar del Sur, y Nicolás Féderman que es teniente de gobernador en la provincia de Venezuela por los Velzares, se juntaron en

este pueblo de Santafé con la gente de Santa Marta, cada uno viniendo por su parte en busca de esta buena tierra.

Piénsase que de aquí adelante, se podrá ir a las provincias del Perú por esta gobernación de Santa Marta o por la de Cartagena, sin atravesar la gobernación de Tierra Firme, ni tornar a navegar la Mar del Sur si los caminos no son muy fragosos, porque no parece que puede haber tierra desde la Mar del Norte de estas gobernaciones hasta la gobernación del Perú de Pizarro doscientas leguas; pero esto se dice de sospecha pero no certidumbre y si sale así será muy gran aparejo que aquello se conserve y aumente. (AGI, Patronato 27, Ramo 15)".

2.

El descubrimiento del Nuevo Reino de Granada está conectado con curiosas ideas geográficas sobre la parte noroeste de la América Austral, idea que a su vez explica muchos acontecimientos (Nota 1).

El primero de los tres caudillos que arribaron a la meseta Chibcha fué el licenciado Jiménez de Quesada. Salió de Santa Marta el 5 de marzo de 1536 para el descubrimiento de las tierras que bañaba el río Magdalena al mando de un ejército de ochocientos hombres. Seiscientos iban por tierra remontando el Magdalena y doscientos en bergantines cargados de bastimentos, con objeto de entrar al río directamente desde el mar y aprovisionar a la gente que subía por sus orillas, ayudándoles al mismo tiempo a pasar ciénagas y afluentes caudalosos y transportar los enfermos.

La empresa exploradora tuvo sus antecedentes geográficos. Los intentos para explorar el Magdalena databan de tiempos atrás. Todos los gobernadores de Santa Marta desde Rodrigo Alvarez Palomino en adelante, insistían en este descubrimiento que tuvo desde un principio grandes impedimentos geográficos. Por una parte las orillas del curso del Magdalena oponían serias dificultades al tránsito por tierra, por lo cenagoso del terreno, [{"... por las grandes lagunas y ciénagas —dice el Cabildo de Santa Marta en su carta del 19 de abril de 1531 (AGI, Patronato 197, Ramo 5)— que hace y vierte el dicho Río Grande en sí, no se puede andar"}]; y por otra parte, tampoco parecía posible poderlo navegar con embarcaciones directamente desde el mar. [{"No pueden entrar navíos —en el Magdalena— porque —decía García de Lerma, el

Nota 1.—El autor se encuentra desde 1948 en España, recopilando por orden de la Academia Colombiana de Historia, documentos relativos al descubrimiento y conquista de los territorios actualmente colombianos. Una "Colección de Documentos", fruto de este trabajo, será pronto dada a la prensa.

segundo gobernador de Santa Marta en su carta del 26 de octubre de aquel año (AGI, Santafé 49)— la furia de él es tan grande, que no los deja subir”]. Ciertamente es que ya en 1528 los capitanes Rodrigo Alvarez Palomino y Juan de Vadillo encontraron en sus correrías un camino que indicaba hacia el sur cuanto, circundando las vertientes septentrionales de la Sierra Nevada (hacia La Ramada), llegaron a las cabeceras del Río César, al Valledupar. Más ninguno de los dos conquistadores había bajado este río hasta su desembocadura, por lo que se siguió ignorando que vertía sus aguas en el Magdalena, y que por sus orillas se podía llegar al “Río Grande”, evitando las cenagosas orillas de su curso bajo.

En 1532 se logró vencer estas dos dificultades. Se descubrió el camino por Valledupar, directamente al Magdalena, con lo que se llegaba al río en un punto que distaba 500 kilómetros de su desembocadura; y dos atrevidos pilotos, Jerónimo Melo (portugués) y Rodrigo Llano (español), lograron demostrar prácticamente que la entrada del Río con bergantines desde el Mar era factible.

Es cierto que estas hazañas abrieron nuevas posibilidades para la conquista de las tierras que bañaba el río Magdalena, pero aún sí, la extraordinaria hazaña del licenciado Jiménez, que no es apreciada aún suficientemente por los historiadores americanos, parece a simple vista una empresa precipitada y descabellada. La sacada de 800 a 900 hombres de un puerto seguro, tal como lo era Santa Marta, hacia tierras completamente ignoradas, teniendo solamente como guía a un poderoso e inexplorado río, tiene la apariencia de una aventura improvisada, en la que la vida del hombre no tiene valor. La terrible mortandad que muy pronto estalló entre el ejército y que destruyó, a causa del clima y del hambre, las dos terceras partes de los efectivos, parece autorizar a calificarla de inhumana y aún de cruel.

Mas carece de estas características si la situamos dentro de la época en que fué realizada y la juzgamos de acuerdo con los conceptos geográficos que existían por entonces sobre el Nuevo Mundo, en gran parte aún desconocido, y especialmente sobre la parte noroeste de la América Austral.

¿Adónde iba el ejército? ¿Fué su fin simplemente correr aventuras, buscar “Dorados”, o tuvo una idea sobre el punto final de la jornada? Si los principales cronistas de la Conquista del Nuevo Reino, fray Pedro de Aguado y Juan de Castellanos, que escribían sus historias en la segunda mitad del siglo XVI, hubieran proclamado que la expedición de Jiménez iba simplemente al Perú, nadie lo hubiera aceptado, ni ellos se hubieran atrevido a decirlo en aquella época en que la opinión pública del Nuevo Reino de Granada estaba francamente adversa a los “inquietos peruleros”. Sin embargo, documentos históricos no ofrecen duda de que este era el fin del viaje. Las gentes no iban a ciegas. Iban al Perú, apoyándose en curiosas ideas geográficas, fruto de la ignorancia de la realidad y del fervoroso deseo de acometer la empresa.

Esto sucedió en Santa Marta. El deseo de encontrar un camino al Perú por sus colonos databa de tiempo atrás. Ya en 1528 pasaron por Santa Marta en su viaje para España los descubridores del Perú, y con ellos llegaron las primeras noticias sobre este fabuloso país en el "Mar del Sur", es decir, en las costas del Océano Pacífico. Las noticias impresionaron a Rodrigo Alvarez Palomino quien ya por entonces concibió la idea de llegar al Perú desde su gobernación. Quería hacer, dice el Historiador Anónimo, una larga jornada "porque había dicho a unos amigos que determinaba de no volver a Santa Marta hasta llegar a donde vinieron dos ovejas que habían pasado por allí, que venía del Perú para la Corte; y estas eran dos ovejas que Pizarro había hallado en los primeros descubrimientos... diciendo Palomino que pensaba, con la ayuda de Dios, llegar primero a donde ellos se criaban, que no Pizarro ni los de la Mar del Sur..." (AGI, Patronato 27, Ramo 9, Fol. 3 v.)

Desde el mismo momento en que se conoció la existencia del Perú, el empuje hacia el Sur por los caminos terrestres fué constante, y García de Lerma, ya en su primera carta al Rey fechada en Santa Marta el 15 de marzo de 1529 (AGI, Patronato 197, Ramo 5) anunciaba su intención de ir en descubrimiento de la "Mar del Sur"; cuyas costas darían, según su "capitulación" en el territorio concedido a él (Nota 2).

Esta intención se basaba en la opinión muy arraigada por entonces, de que precisamente Santa Marta era el punto de partida más adecuado para llegar al Mar del Sur. La Real Audiencia de Santo Domingo, en su carta al Consejo del 18 de enero de 1535 escribía: "Conviene que aquello —Santa Marta— sea muy poblado, porque de allí se podría pasar a la otra Mar del Sur. (AGI, Santo Domingo 49)".

Naturalmente, el caudaloso río Magdalena que traía sus opulentas aguas precisamente desde el sur, fué considerado desde el primer momento como vía natural para llegar al Perú y no solamente en Santa Marta sino también en Cartagena. Así declaran los conquistadores de Cartagena en la información que en 1534 levantaron contra Pedro de Heredia "que el dicho gobernador envió a Alonso de Heredia, su hermano, por teniente y capitán general a descubrir el Perú por la ribera del Río Grande... (Ibid)".

Las expediciones al Magdalena comienzan, pues, a identificarse con las del Perú. Así lo hace también García de Lerma quien al comunicar al Rey la organización de una jornada hacia el "Río Grande", dice que había dividido su ejército en dos grupos "para que así los unos como los otros —escribe— fuesen en demanda del Perú y del Mar del Sur (AGI, Santafé, 49)". Y el Cabildo señalaba que "Perú" era el cebo para los

Nota 2.—La "capitulación" con García de Lerma no se ha encontrado todavía, pero no hay duda de que nombraba como límites meridionales la "Mar del Sur", en la misma forma como se hizo en las "capitulaciones" con los alemanes para Venezuela, y con Pedro Fernández de Lugo, para la misma gobernación de Santa Marta, unos años más tarde (AGI, Santafé 1174 Lib. 2, Fol. 20).

cansados soldados "que de otra manera no se pudiera sacar para ninguna parte, si no es para irse al Perú" (AGL, Patronato 197, Ramo 2).

El descubrimiento del Perú fué un hecho que tuvo hondas repercusiones sobre la historia de toda la parte noroeste de la América Meridional y, particularmente, sobre la del Nuevo Reino de Granada. Los primeros navíos con el oro del Perú y las fantásticas noticias sobre las riquezas de este país, alborotaron la mente de los colonos asentados en las tierras hasta entonces descubiertas. La Real Audiencia de Santo Domingo, en su carta del 30 de enero de 1534, exteriorizaba el temor de que los colonos abandonen sus tierras para trasladarse al Perú. "Con estas nuevas tan grandes de las riquezas del Perú —decían— habíamos de tener trabajo de tener la gente de esta isla y aún de todas las otras comarcas... porque toda la gente generalmente está muy alterada con pensamiento de se ir a aquella tierra" (AGI, Santo Domingo 49). El secreto con que Hernando Pizarro rodeó su viaje a España con el oro de Atahualpa, evitando a aportar a Santo Domingo y negándose a salir a tierra aún en el puerto de Yaguana (carta de la Real Audiencia del 10 de diciembre de 1533, Idem), excitó aún más la fantasía de los conquistadores. Era tan fuerte el deseo de emigrar, que pronto se cristalizó una leyenda, apoyada en la incierta y complaciente geografía de aquella época, sobre la existencia de un "Dorado", un país maravilloso situado en alguna parte entre el Perú y Río Plata, que constituía el anhelado remedio de su pobreza. La misma Real Audiencia no duda de la veracidad de este "Dorado". En su carta del 30 de enero de 1534 (Idem) declara que "según las alturas y graduaciones", este Dorado se encuentra en "el paraje de enfrente de esta Isla y de la de San Juan, entrando por ella en línea recta al Sur". No vacila dar licencia para la organización de una expedición de 400 hombres hacia este "Dorado", "después de platicar muchas veces con los pilotos".

La atracción que produjo el descubrimiento del Perú sobre la totalidad de la emigración hacia América fué potente. Hubo época en que no era posible encontrar en los puertos españoles pasaje a otros lugares que el Perú, como lo demuestra aquella cédula con que el Rey concede una prórroga de presentarse al oficio a varios regidores de Cartagena "... por causa —dice el texto— de no poder hallar navío en que ir a la dicha provincia, por estar todos tomados para ir al Perú" (AGI, Santafé 987, I, 58).

El descubrimiento del Perú puso en grave peligro la existencia de Santa Marta. Los inconstantes conquistadores amenazaban con abandonar —y abandonaban— las tierras "pobres" de la gobernación, para participar en el despojo de las ricas" del Imperio Incaico. La difícil situación económica que atravesaban los colonos de Santa Marta hacia lo suyo, y así, cuando a principios de 1536 llegaba a Santa Marta Don Pedro Fernández de Lugo con su numeroso ejército, no hubo fuerza que pudiera retener el deseo de los soldados de salirse de la provincia e irse

al Perú, la Tierra Prometida en el Mar del Sur. De que esta y no otra fué la meta de la expedición de Jiménez, lo admite él mismo cuando llegado a Cartagena en julio de 1539, declaraba ante el licenciado Santa Cruz, que había salido en 1536 desde Santa Marta en "descubrimiento del Río Grande y *Mar del Sur*" (AGI, Patronato 27, Ramo 18). El Cabildo de Santa Marta informaba sobre esta expedición en su carta del 20 de noviembre de 1537 (AGI, Sección Patronato 197, Ramo 13), que aquellas gentes "al tiempo que fueron la sierra arriba, *habían hallado señales del Perú*" y en la del 20 de noviembre de aquel mismo año (AGI, Sección Santafé, legajo 49) declaraba explícitamente: "Antes que Pedro Fernández de Lugo padeciese, envió por tierra en *descubrimiento del Perú*, setenta hombres a caballos y seiscientos a pié, etc."

3.

¿Cómo fué posible que la mente de los colonos apareciese una idea tan absurda de poder llegar desde Santa Marta al Perú, situado en la realidad a unos 3.000 kilómetros de distancia? ¿Cómo era posible que el arraigo de esta idea fuera tan profundo que un gobernador, experimentado soldado como lo era el adelantado don Pedro Fernández de Lugo, mandase ochocientos hombres a lo completamente desconocido? ¿Era tanta la sed de aventuras, la temeridad y el desprecio por la vida de la gente española que se lanzasen a la conquista de la selva sin caminos, sin planos, sin noticias concretas?

Aunque esto es lo que aseguran los cronistas coloniales y lo que se acepta generalmente, la realidad fué distinta. Existen factores que le quitan a la expedición de Jiménez su carácter aparentemente aventurero e improvisado.

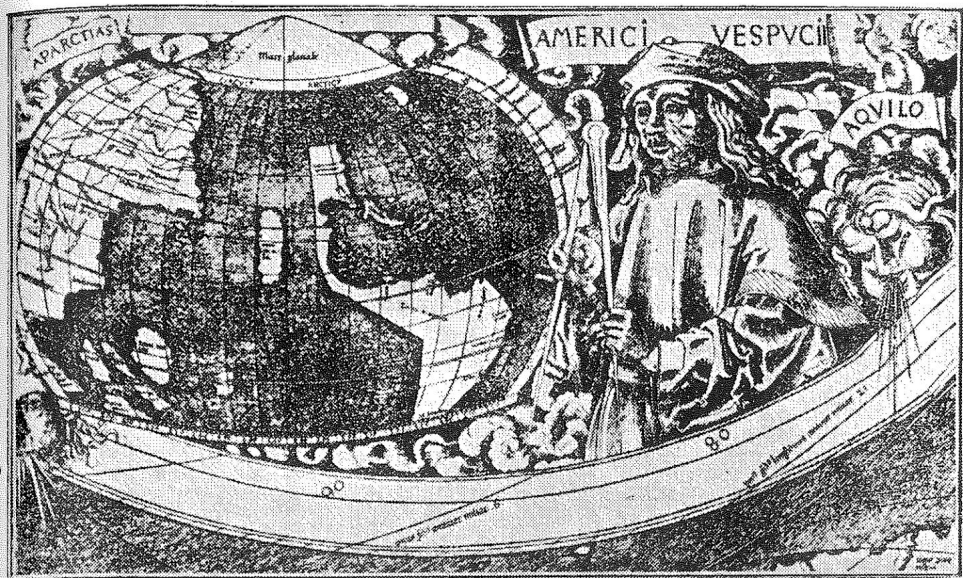
Hay que tener en la mente que en la primera mitad del siglo XVI no se concebía el continente Sudamericano como un territorio tan extenso como lo era en realidad. Perú, según las ideas geográficas contemporáneas, estaba muy cerca. Correspondía a ideas tradicionales, arraigadas en los primeros tiempos de los descubrimientos, seguir considerando el Nuevo Mundo, aún en el cuarto decenio del siglo XVI, como un continente de extensión muy limitada. Para ilustrar las ideas reinantes sobre distancias geográficas en América, basta decir que el 3 de agosto de 1539, al solicitar Pedro de Puelles para sí la gobernación de Quito, se ofrecía con toda naturalidad a descubrir desde su gobernación... el Río de La Plata (AGI, Santafé 80). García de Lerma consideraba que "subiendo ciento cincuenta leguas por el Río —del Magdalena— arriba, se pone por debajo de la línea —equinoccial—, y están en el mismo paraje que está ahora Pizarro..." (AGI, Santafé 49)". De manera que según él, Perú distaba tan sólo 750 kilómetros de Santa Marta. Pedro de Heredia comunicaba a la Real Audiencia de Santo Domingo en su carta del 27 de abril de 1534 que iba entrar a tierra aden-

tro desde Cartagena "y la llevaba nueva que muy cerca de allí estaba la tierra del Perú" (AGI, Santo Domingo 49); y Féderman, al encontrarse en su expedición de 1530 probablemente frente a una gran laguna o un desbordado río, afirma con toda naturalidad haber llegado al "Mar del Sur". Las mismas erradas ideas geográficas dieron lugar a que en la capitulación que se hizo con Pedro Fernández de Lugo en 1535 (AGI, Santafé 1164, Lib. 2, Fol. 29) se le señalase, como límite meridional de su gobernación, la "Mar del Sur", es decir, el Océano Pacífico, en la misma forma como anteriormente se hizo con los Welser y con García de Lerma.

Y precisamente con referencia a Santa Marta existe un curioso hecho. Consta que, a pesar de que ya desde 1520 se conocía la continuidad de la extensísima Costa Atlántica desde Florida hasta el estrecho de Magallanes, Santa Marta fué considerada como una isla marítima hasta bien entrado el siglo XVI. Varios documentos atestiguan la persistencia de esta errónea opinión, arraigada ésta también en tradiciones procedentes de la época del Descubrimiento. Así por ejemplo, escribe García de Lerma en 1530 desde Santa Marta, que algunos de sus regidores tienen "experiencia de lo de esa isla" (AGI, Patronato 197, Ramo 8). En 1533, encontramos en el libro donde se asentaban los despachos del Consejo una nota marginal que dice: "Al gobernador y oficiales de Santa Marta, —para— que tengan al licenciado Tobes por Obispo confirmado de la dicha isla" (AGI, Santafé 1174, Lib. 1). Y aún el 5 de febrero de 1536 leemos en una cédula dirigida al gobernador de Santa Marta que se le ordena mandar a la Casa de la Contratación de Sevilla los bienes que dejó un Benito Martín, que había muerto en esa isla" (Ibid, Lib. 2, Fol. 17). Se ve, pues, que hasta bien entrado el siglo XVI la "opinión pública" reclamaba un carácter isleño para la provincia de Santa Marta. No existe un documento fidedigno que proporcione datos sobre la apreciación de la grandeza de esta "isla" de Santa Marta. Pero el concepto de ser "isla" implica la idea de un territorio reducido, así que nade de utópico tenía la idea de atravesarla para llegar a la costa del Pacífico. Y aún hacia 1548, cuando Fernández de Oviedo escribía la segunda parte de su Historia y dice que algunos "sin lo haber andado, han querido decir que a pocas jornadas —de Santa Marta— hallarán la Mar Austral, a las espaldas o parte del medio día", no se atreve a rechazar decididamente esta falsa pero muy esparcida opinión, pues dice más adelante: "lo cual no afirmo ni lo niego, cuanto a las distancias del camino, si es breve o mucho... (Nota 3).

Sería erróneo creer que estas falsas teorías fueron frutos irresponsables de mentes exaltadas, desviaciones imaginativas o deliberados engaños. Todo lo contrario. Se basaban en concepto geográficos válidos en aquella época y que se confirman en muchos antiguos mapas del Nuevo Mundo.

Nota 3.—Fernández de Oviedo, Gonzalo. Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Madrid 1851, Lib. 26, Cap. I.

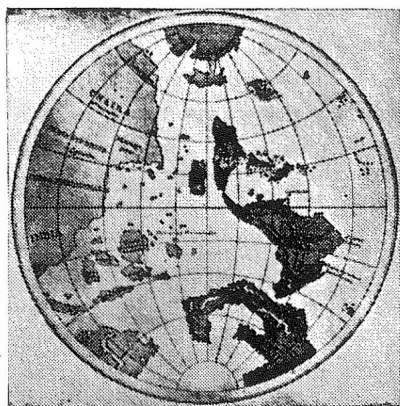


Encabezamiento del famoso mapa de Waldseemüller, aquel en que por primera vez apareció denominado el Nuevo Mundo con el nombre de América. Año 1507. Publicado en Paolo Revelli "Terre D'America e Archivi d'Italia", Milano, 1926.

Observemos, por ejemplo, el encabezamiento del famoso mapa de Waldseemüller del año 1507, aquel en que por primera vez apareció denominado el Nuevo Mundo con el nombre de América. Nótese la posición geográfica de las costas del Océano Pacífico —imaginado, pues aún no estaba descubierto— que corresponden al actual Perú. El amplio golfo que forma esta costa en dirección hacia el este, que es indudablemente una replica del ya por entonces conocido golfo de Guinea en el continente africano, situa las futuras gobernaciones de Santa Marta y Perú una "por debajo" de la otra en dirección norte-sur, así como lo concebían precisamente los conquistadores de Santa Marta. El mapa, en lo que se refiere a las costas del Pacífico, es naturalmente imaginario, pero no por esto carecía de influencia en la mente de los descubridores.

En forma parecida aparece la situación geográfica de Santa Marta en el globo de Schoner, del año 1515. Se puede observar el tamaño reducido del Nuevo Mundo, el carácter isleño de América y varios pasos imaginarios hacia India que tanto se deseaba encontrar (el del norte, el del centro y el futuro estrecho de Magallanes). Dice Levillier: "la credulidad de Schroner era tan ilimitada como engañosas sus fuentes informativas (Nota 4)". Esto es cierto, pero también lo es el hecho de que

Nota 4.—Levillier, Roberto. América la bien Llamada, Buenos Aires 1916, Tomo 2, pág. 250.



Globo de Schoner, llamado de Weimar. Año 1515, publicado en Roberto Levillier, "América la bien Llamada". Buenos Aires 1916. Tomo II. Pág. 250.



Mapa llamado de Leonardo, por haberse encontrado entre los papeles que dejó a su muerte Leonardo da Vinci. Año 1516. Publicado en Roberto Levillier. "América la bien Llamada", Buenos Aires, 1916. Tomo II. Pág. 60.

presentaba el Nuevo Mundo tal como se lo imaginaban sus contemporáneos y esta visión, aunque evidentemente falsa desde el punto de vista geográfico, influyó —y no poco— en la historia de los descubrimientos.

El mapa llamado de Leonardo del año 1516 confirma todas las ideas que tuvieron los conquistadores de Santa Marta. El carácter isleño, el tamaño reducido, las cortas distancias entre el Mar del Norte y Mar del Sur, corroboran las ideas que sobre la geografía del Nuevo Mundo tuvieron los conquistadores aún en el cuarto decenio del siglo XVI. El mapa correspondía, pues, a las ideas geográficas de la época, y por consiguiente no es justo decir de él que es "más fantástico que científico" (Nota 5).

Los mismos conceptos geográficos se confirman también en otros mapas contemporáneos como por ejemplo en el de Juan de Stobnicza (Nota 6) o en el globo Verde de París (Nota 7). Y aún en el globo de Schoner del año 1533 (Nota 8) como así mismo en el Dorado de París

Nota 5.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 60.

Nota 6.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 83.

Nota 7.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 251.

Nota 8.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 154.

del año 1535 (Nota 9), el Perú sigue siendo situado directamente al Sur, "por debajo" de Santa Marta, así como concebían la situación geográfica los conquistadores de esta última provincia. El error empieza a desaparecer hacia la segunda mitad del cuarto decenio del siglo XVI, cuando en los mapas contemporáneos las costas del Perú comienzan a precisarse, como sucede, por ejemplo, en el mapa de Agnese de Venecia (Nota 10) y Agnese del Museo Británico (Nota 11). Sus formas reales tan sólo las reciben en el mapa de Alonso de la Cruz del año 1542.

Todo esto explica por qué al llegar a los oídos de los colonos de Santa Marta las primeras noticias del descubrimiento hecho por Pizarro en el "Mar del Sur", se concibió inmediatamente la idea de llegar a las costas del Pacífico recorriendo la tierra hacia el Sur, en un tiempo relativamente corto, o, por lo menos, no excesivamente largo. Correspondía pues a las ideas de la época cuando el gobernador Pedro Fernández de Lugo, decía a los soldados que se alistaban en la expedición al mando de Quesada (Nota 12)

"Y no puede estar largo el desvío
de la prólija cumbre de la Sierra"

En la jornada que emprendió el licenciado Jiménez de Quesada coincidían pues el deseo de ir al Perú, el convencimiento de que el camino no podría ser muy largo por ser Santa Marta una isla y la firme creencia que precisamente por el río Magdalena, que venía desde el sur, se podría llegar al "Mar del Sur" y al Perú. Una vez más en la historia, las ideas geográficas arraigadas en la mente de los hombres, a pesar de ser objetivamente erróneas, fueron parcialmente móviles de los acontecimientos.

Nota 9.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 157.

Nota 10.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 207.

Nota 11.—Vid. Levillier, Tomo 2, pág. 209.

Nota 12.—Castellanos, Juan de. Historia del Nuevo Reino de Granada. Tomos 1 y 2, Madrid 1886, Par. 2, Seg. 4, Canto 2.